

El padre de Antonio Túpac Amaru habría ocultado una parte de esas riquezas en el Lago Titicaca y otra en el Puerto de Vigo, España. De ese tesoro formaría parte una gran suma de dinero acumulada por el Consejo de Emisarios de los incas, integrado por los que lograron fugar a Europa con el viejo Sebastián Benesz Berzevicy.

En el punto cuarto del documento, Waclaw se comprometía a ocultarlo (allí se incluía la relación de las riquezas, y el lugar donde habían sido escondidas) bajo el umbral de la puerta superior del castillo de Nedec.

En el punto quinto, Waclaw se comprometía también a cuidar la tumba de Umlina Túpac Amaru que estaba bajo el bastión de la capital.

Con el duplicado del documento de probramiento, Andrzej Benesz fue al castillo de Niedzica y, el 31 de julio de 1946, en presencia de las autoridades locales, removió el umbral de la puerta superior del castillo con la intervención de 8 robustas personas.

A una profundidad de 30 centímetros descubrió un tubo de plomo de 18 centímetros de largo y 3.5 centímetros de diámetro, cerrado a golpes por ambos lados.

Después de ser abierto, se



Andrzej Benesz, descendiente polaco en línea directa de Túpac Amaru II.

“ La muerte en un accidente de tránsito de uno de los últimos descendientes en línea directa de Túpac Amaru, Andrzej Benesz, traba el esclarecimiento y llegada al Perú del testamento”.

Túpac Amaru en sus momentos de esplendor.

extrajo del tubo un haz o bollo de correas (o largas) llenas de cuerdas. Cada una de estas correas tenía en su cabo una especie de broche (o fibula) de oro. Las tres calidades diferentes de estas fibulas representan presumiblemente, las tres partes del testamento de los incas. Es evidente que se trata de un quipu, usado por los incas como escrituras.

Este quipu contiene probablemente la explicación del lugar donde están escondidas las riquezas incaicas.

El quipu estuvo en poder de Andrzej Benesz, quien murió en un accidente de tránsito en febrero de 1978. Benesz ocupaba los cargos de presidente del Partido Democrático y vicepresidente del Parlamento polaco.

Luego de su muerte, se sabe que las autoridades de Polonia siguen las investigaciones acerca del quipu y de diversos documentos de la familia.

Estos son algunos aspectos de la apasionante historia de la rama familiar de Túpac Amaru que fugó a Europa perseguido por el odio implacable de las autoridades españolas.

Todavía quedan muchas interrogantes a partir de hechos evidentes como la existencia de los documentos que acreditan el probramiento del pequeño Antonio Túpac Amaru y el quipu mismo.

Su desciframiento podría revelarnos la otra parte de la le-

yenda: La existencia y el lugar donde se encuentran los tesoros de los incas, parte de los cuales habrían utlizado Túpac Amaru en su célebre insurrección.

En junio de 1975, tuvo la oportunidad de entrevistar a Andrzej Benesz, quien ocupaba en ese entonces los cargos que hemos mencionado. Benesz, en su condición de descendiente europeo de Túpac Amaru, se encontraba muy interesado en el caso.

Nos narró que se realizaron allanamientos, robos y atentados. Así, el 31 de julio de 1946 fue apuñalado el alcalde del pueblo Niedzica, en cuyo castillo se encontró el quipu. Este crimen no ha sido aún esclarecido.

Antes de la Segunda Guerra Mundial se hicieron relevos en la investigación, la misma que ahora se está profundizando.

Benez tuvo mucho interés por conocer el Perú y entregar a nuestras autoridades el quipu y otros documentos de valor histórico pero desgraciadamente, según hemos dicho, falleció en forma sorpresiva.

Otros aspectos del ensañamiento de España con la familia de Túpac Amaru fueron la persecución de la familia Túpac Amaru y de su esposa y no son hechos aislados ni excepcionales en el trágico período que sucedió a la derrota de la rebelión tupacamarista.

El tiempo terrenal de Carlos Germán Belli

Escribe: ALONSO RABI DO CARMO

Entre los poetas del 50, Carlos Germán Belli es una voz imprescindible, y su importancia en el panorama de la poesía peruana es un hecho que no merece discusión. Quizá el aporte más trascendente de su poesía sea el haber articulado un tipo de lenguaje hasta hoy inimitable, lo tradicional y lo moderno, o como bien apunta Javier Sologuren, "lo Barroco y lo Contemporáneo". En este sentido, la obra de Belli tiende un puente que enlaza importantes elementos de la tradición poética universal con los inequívocos signos de las poéticas de este siglo. En efecto, en su poesía confluyen variadas influencias, desde el bucolismo latino hasta el Siglo de Oro pasando por formas métricas clásicas y la correcta asimilación de las corrientes de vanguardia del siglo XX. Así, Belli parece entender que el lenguaje poético es un viaje en su caso de direcciones disímiles—que debe concretarse en la plasmación del poema como objeto estético. Por ello, Belli convoca en su poesía la tradición y la modernidad.

La razón de este artículo no es otra que celebrar la tercera edición de "En el Restante Tiempo Terrenal" (La primera es de Ediciones del Tapir, España, 1988. La segunda es de Editorial Perla, Lima, 1988. La tercera es del autor, 1990). "En el Restante Tiempo Terrenal" marca algunas diferencias con la anterior producción de Belli que es preciso señalar. Este libro anuncia en Belli una sorprendente actitud vitalista, no muy frecuente en su poesía, como si pretendiera añadir en parte un optimismo, su punzante ironía y ese darle el mundo y a su entorno un sentido de decadencia insalvable. Este cambio es saludable, del mismo modo que la permanencia de su rigor expresivo y la continua y eficaz amalgama estética de tradición y modernidad. Hay dos poemas que advierten sobradamente el cambio al que hemos aludido. En "Caudillo de mí mismo" encontramos no una exaltación del yo, sino una recuperación de la individualidad que a pesar de su aparente grandilocuencia transmite una poderosa carga intimista: "Yo caudillo al fin de mí voluntario. Y el tiempo entero en una sola cosa/ En beneficio del tesoro íntimo/ El paso ha-



su voluntad creadora y aproximándose a un tiempo de paz y perfección. El segundo poema, "Remoras que aguan", invoca el alejamiento de la desesperación y la angustia, anticipando el sagrado tiempo de la creación poética y reclamando una estancia iluminadora para reemplazar, con justa urgencia, "Estos finales en que reinan/ El crepúsculo y el otoño fijos/ Que a todo el mundo tanto desesperan". Cabría anotar que en este libro de Belli no ha dejado de funcionar el interesante esquema que plantea Jorge Cornejo, según el cual la poética de Belli transcurre a través de un proceso dialéctico que presenta tres niveles claramente diferenciados: 1) Una realidad defectiva, 2) El deseo que surge ante esa realidad y 3) La postulación de lo deseable como objeto inalcanzable, pero aun así, "En el Restante Tiempo Terrenal" deja advenir una vitalidad que además de asombrarnos, nos alegra.

Remoras que aguan la alegría humana, alejas de estos días tan fugaces, y en adelante como nunca ayer ser dueño del supremo tiempo esquivo para ponerlo en manos únicamente de las celestes ganas entrañables; y en vez, ¡oh santos cielos! nunca más sin un beso ni un verso cada día, para así tomar a la edad perdida, hasta la cuna y de allí al Edén; y por último ahora cuanto antes estos fieros finales en que reinan el crepúsculo y el otoño fijos, que a todo el mundo tanto desesperan, sean trocados en umbral novísimo del día libre de las viles remoras, que acá me deje ver enteramente cómo serán las horas más allá.

"EN EL RESTANTE TIEMPO TERRENAL", p. 9

VALDELOMAR: 71 años en la historia

Escribe: TOMAS ESCAJADILLO

Abraham Valdelomar no es solamente el único escritor "DANDY" que ha tenido el Perú, sino además uno de los más injustamente olvidados por la crítica y la historia literarias. Tanto así, que al llegar su centenario la comparsa laudatoria fue más bien discreta, como afirma con toda justicia el autor de este artículo.

En abril de 1987, con ocasión de cumplirse 99 años del nacimiento de Abraham Valdelomar, publiqué una nota en El Nacional en la que abogaba porque el año siguiente se celebrara generosamente el Centenario de Valdelomar. "Es de esperar que el país esté a la altura, el próximo año, de uno de sus creadores más leídos del siglo XX". Tal cosa, como veremos, no sucedió.

Nacido el 27 de abril de 1888, Valdelomar murió el 3 de noviembre de 1919, hace 71 años. Apenas llegó a vivir 31 años y sin embargo su huella (más allá de su leyenda) es imborrable en la narrativa peruana.

Por haber muerto tan joven, Valdelomar entró pronto al Panteón de los Inmortales que en nuestro país significa ser considerado en los textos escolares. Casi no hay un volumen del texto sobre literatura peruana que no incorpore, por lo menos, "El Caballero Carmelo" y un par de poemas (con frecuencia, "Tristitia"). Este es un fenómeno extraliterario, de sociología de literatura a lo Scarpit, pero es un hecho. Don Enrique López Albuja, mucho mayor que Valdelomar (con quien en una oportunidad tuvo una sonada polémica) nació en 1872, pero tuvo la peregrina idea de llegar casi a los 100 años. Pues bien, es después de la muerte de ELA, acaecida en 1966, que finalmente sus textos ingresan al Panteón de los Inmortales.

El caso es que Valdelomar es uno de los escritores más conocidos y leídos en el Perú. Existe más de una veintena de ediciones populares que llevan por título El Caballero Carmelo, pero ninguno reproduce el contenido del libro así llamado que apareciera, causando un gran impacto en el establishment literario vernacular, en el cual Valdelomar era la figura más notoria y polémica en la segunda década del siglo. El libro mismo apareció en 1918, pero el cuento que da título al volumen fue publicado por primera vez en el diario La Nación el 13/11/13. Sintomáticamente el texto fue enviado desde Italia, a donde Valdelomar había viajado con un modesto puesto diplomático del gobierno de Guillermo Billinghurst. Contrariamente a lo que muchos han escrito —y que Eduardo Núñez ha sido uno de los más enfáticos en negar— Valdelomar no cae bajo el influjo de D'Annunzio en Italia; al contrario: en Italia lo supera y contraria épocas anteriores como las representadas por sus

novelas La ciudad muerta (1911) y La ciudad de los tísicos (1911). Es ilustrativo conocer que ya en el barco que lo llevaría a Europa Valdelomar escribe a su madre pidiéndole detalles y precisiones acerca de hechos y lugares de Pisco —la Aldea de la Infancia—.

Pero una reflexión sobre Valdelomar sería incompleta si no evaluáramos el juicio del Mariátegui maduro sobre "El Conde de Lemos". Hay textos racionales hechos conocidos en los cuales el "fenómeno Mariátegui" es decir, "Juan Conriqueur", alaba sin límites a Valdelomar, de quien era en ese entonces ferviente admirador y hasta quizás seguidor. La aventura de la revista Colónida (1918) fue contemporáneamente por una excelente edición facilitada por PETROPERU, marcó un hito en el proceso cultural peruano. Pero —a pesar de la amistad y de la admiración— el Mariátegui de "El progreso de la literatura" (1928) —en sus textos y elaborado de los 7 ensayos, sintetizará el "fenómeno" Valdelomar de la manera siguiente: "Valdelomar murió a los treinta años cuando él mismo no había conseguido aún encontrarse, definirse. Su producción desordenada, dispersa, versátil y hasta un poco incoherente, no contiene sino los elementos materiales de la obra que la muerte frustró".

El juicio global de Mariátegui —que yo tengo la perspectiva de la distancia que nosotros poseemos respecto a la obra de Valdelomar— resulta injusto. Es cierto que el volumen El Caballero Carmelo contiene, para atenernos a la nomenclatura propuesta por Armando Zubizarreta, "cuentos y cuentos", "cuentos exóticos", y "cuentos chinos", variedades modernistas del relato breve que son olvidables, prescindibles. (Los "cuentos chinos", además, no eran otra cosa que sátira interna, distanciamiento político ante que auténtica prosa de ficción). Pero un breve conjunto de cuentos regional-costeños (mal llamados "criollistas"), como los admirables "Los ojos de Judas" y "El Caballero Carmelo" han asegurado a Valdelomar un lugar de privilegio en nuestra historia literaria. Eso es lo que Mariátegui no vio, aunque su juicio genérico contiene muchas verdades respecto de la obra de Valdelomar. Valdelomar, en estos relatos confiere por primera vez dignidad estética a la provincia costeña, en fábulas en que

se recrea la infancia de un niño que fue teñida por una "dulce melancolía". Una decena de poemas de "El Conde de Lemos".

Valdelomar quedará asimismo como el eximio cronista de la "belle époque". Fue el artista que escandalizó e hizo que la gente de su época se fijaran por primera vez en un escritor. Es conocida su famosa boutade: "El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión y el Jirón de la Unión es el Café Concert". Le faltó audacia para afirmar algo que, por lo demás, era cierto: "El Café Concert soy yo". "Ergo, yo soy el Perú" ¡que durante parece ese mundo! Hoy que encuestas nos revelan que la mayoría de los jóvenes limeños —de toda condición— no conocen el Jirón de la Unión. Queda, sin embargo, algunos "informantes". Justamente uno de los mejores libros de Luis Alberto Sánchez (Lima, 1900) trata de ello: Valdelomar o la belle époque (México, Fondo de Cultura Económica, 1964). Sánchez, un privilegiado testigo superterrito de la época: siendo un literato muy precoz (ya desde sus últimos años de escolar frecuentaba "el ambiente literario") presenció el fenómeno Valdelomar cuando él, Sánchez, tenía entre 16 y 19 años (Sánchez luego a publicar una reseña del libro El Caballero Carmelo, en 1918).

Se tuvo que esperar al 60º aniversario de la muerte de Valdelomar para que finalmente en el grueso volumen titulado Obras. Textos y dibujos, preparado y compilado por Willy Pinto Gamboa, antiguo estudiante de "El Conde de Lemos" (y además su peritente) el Jirón de la Unión, el Sánchez, tenía entre 16 y 19 años (Sánchez luego a publicar una reseña del libro El Caballero Carmelo, en 1918).

El panorama de la crítica sobre Valdelomar es pobre. Luis Fabio Xammar publicó un espléndido libro pionero, Valdelomar: Signo (Lima, Ediciones Spinx, 1940). Luego, aparte del ya mencionado libro de Sánchez, debe recordarse la edición de la tesis doctoral de Armando Zubizarreta, Perfl y entraña de "El Caballero Carmelo" (Lima, Editorial Universo, 1968), pero éste no es un libro integral sino que limita su estudio al célebre cuento que dio título a la colección. El Centenario nos trajo un solitario libro: Rubén Chacuca Arriarán: Abraham Valdelomar. Vida y obra (edición inevitablemente auspiciada por CONCYTEC), que aporta elemento alguno para el mejor conocimiento del autor de La ciudad de los tísicos. El Centenario de Valdelomar tampoco fue ocasión para la celebración de un certamen científico que discutiera y evaluara su incitante y "versátil" producción. Pasado el Centenario en la ciudad de Lima, seguimos en deuda con él. Como dijera ese otro Abraham, "Hay, hermanos, muchísimo que hacer".